

PRÓLOGO

Esther tenía seis años cuando leyó en un cómic sobre la Madre Teresa que una ciudad llamada Calcuta estaba tan abarrotada que cada persona disponía solamente de un metro cuadrado para vivir. Se imaginó la ciudad como un gran tablero, con cuadrados de un metro de lado marcados en el suelo, cada uno con un peón humano, todos apiñados. Se preguntó qué podría hacer ella al respecto.

Cuando finalmente pudo visitar Calcuta, tenía veinticuatro años y estaba haciendo el doctorado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Mientras iba en el taxi de camino a la ciudad, se sintió un poco desilusionada; dondequiera que mirase, había espacios vacíos —árboles, zonas verdes, aceras vacías—. ¿Dónde estaba toda la miseria que reflejaba tan gráficamente el cómic? ¿Adónde había ido todo el mundo?

A los seis años, Abhijit sabía dónde vivían los pobres: en viviendas destartadas detrás de su casa, en Calcuta. Sus niños parecían tener siempre mucho tiempo para jugar y le ganaban en cualquier deporte; cuando jugaba con ellos a las canicas, estas acababan siempre en los bolsillos de sus pantalones descosidos. Tenía envidia de ellos.

Esta tendencia a reducir a los pobres a un conjunto de clichés nos acompaña desde que existe la pobreza; tanto en la teoría social como en la literatura, los pobres aparecen reflejados, alternativamente, como perezosos o emprendedores, nobles o ladron-

zuelos, enfadados o pasivos, desamparados o autosuficientes. No nos sorprende que las posiciones políticas que corresponden a estas visiones de los pobres tiendan también a quedar atrapadas en fórmulas simples: «mercado libre para favorecer a los pobres»; «hagamos que los derechos humanos adquieran importancia»; «lo primero es resolver el conflicto»; «hay que dar más dinero a los más pobres»; «la ayuda exterior acaba con el desarrollo», y así sucesivamente. Todas estas ideas tienen una parte de verdad, pero es raro que quepan en ellas la mujer o el hombre pobre representativos, con su esperanza y sus dudas, con sus aspiraciones y sus limitaciones, con sus creencias y su desconcierto. Si los pobres aparecen de algún modo, suele ser como los personajes de alguna anécdota edificante o de algún episodio trágico, como alguien a quien admirar o por quien sentir pena, pero no como una fuente de conocimiento ni como personas a quienes se deba consultar lo que piensan, lo que desean o lo que hacen.

La economía de la pobreza se confunde demasiado a menudo con una economía pobre; dado que los pobres poseen tan poco, se asume que no hay nada de interés en su vida económica. Desafortunadamente, esta equivocación debilita la lucha contra la pobreza global: los problemas sencillos provocan soluciones sencillas. El campo de la política contra la pobreza está repleto de los desechos de milagros instantáneos que acabaron siendo poco milagrosos. Para avanzar debemos dejar atrás el hábito de reducir a los pobres a personajes de tira cómica y dedicar un tiempo a entender de verdad sus vidas, en toda su complejidad y riqueza. Esto es exactamente lo que hemos intentado hacer durante los últimos quince años.

Somos profesores de universidad y, como la mayoría de los académicos, formulamos teorías y miramos los datos. Pero la naturaleza de nuestro trabajo nos ha llevado a dedicar meses enteros, a lo largo de muchos años, a trabajar sobre el terreno con personal de las ONG (organizaciones no gubernamentales) y con funcionarios de los gobiernos, con trabajadores de la salud y con pequeños prestamistas. Esto nos ha llevado a los patios traseros y a los pueblos donde viven los pobres, a formular preguntas, a buscar datos. Este libro no se habría podido escribir sin la amabilidad de la gente que conocimos allí. Nos trataron siempre como invitados,

aunque lo más frecuente era que sencillamente pasáramos por allí. Respondieron a nuestras preguntas con paciencia, incluso cuando tenían poco sentido, y compartieron muchas de sus historias con nosotros¹.

De vuelta a nuestros despachos, recordando las historias y analizando los datos, nos sentimos tan asombrados como confundidos mientras nos esforzábamos en adaptar lo que habíamos oído y visto a los modelos sencillos que, para entender la vida de los pobres, han usado tradicionalmente los economistas del desarrollo profesionales (frecuentemente occidentales o formados en Occidente) y los responsables y gestores de políticas. La mayoría de las veces el peso de la evidencia nos obligó a revisar o incluso a abandonar las teorías que traíamos con nosotros, pero intentamos no hacerlo hasta entender exactamente por qué fallaban y cómo podíamos adaptarlas para que describieran mejor el mundo. Este libro es el resultado de ese intercambio, representa nuestro intento de hilar un relato coherente sobre cómo viven los pobres.

Nuestra atención se centra en los más pobres del mundo. El umbral medio de pobreza en los cincuenta países donde vive la mayoría de los pobres se sitúa en 16 rupias indias por persona y día². Quienes viven con menos son considerados pobres por los gobiernos de sus propios países. Al tipo de cambio actual, 16 rupias equivalen a 36 centavos de dólar, pero dado que los precios son más bajos en la mayoría de los países en desarrollo, si los pobres pagasen sus compras a los precios de Estados Unidos necesitarían gastar más, concretamente 99 centavos. Por tanto, para imaginarse la vida de los pobres hay que imaginarse que uno tiene que vivir en Miami o en Modesto (California) con 99 centavos al día para casi todos los gastos (excepto el alojamiento). No es fácil; por ejemplo, en la India esa cantidad permitiría comprar quince plátanos pequeños o bien kilo y medio de arroz de baja calidad. ¿Se puede vivir así? Pues resulta que, en 2005, 865 millones de personas de todo el mundo (el 13 por ciento de la población mundial) lo hacía.

Lo que llama la atención es que las personas que viven así son como nosotros en casi todo. Tenemos los mismos deseos y debilidades; los pobres no son menos racionales que nadie —más bien ocurre al revés—. Precisamente por tener tan poco, con frecuencia

encontramos que son mucho más cuidadosos en sus decisiones: tienen que actuar como sofisticados economistas simplemente para sobrevivir. Pero sus vidas y las nuestras se parecen como un huevo a una castaña, y eso tiene mucho que ver con aspectos de nuestras rutinas que damos por hechos y sobre los que casi nunca pensamos.

Vivir con 99 centavos de dólar al día significa un acceso limitado a la información —los periódicos, la televisión, los libros, todo cuesta dinero—, lo que implica un desconocimiento de algunos hechos que el resto del mundo da por sentados como, por ejemplo, que las vacunas pueden impedir que un niño tenga sarampión. Significa vivir en un mundo cuyas instituciones no están diseñadas para alguien como tú. La mayor parte de los pobres no tienen un salario y no digamos un plan de jubilación que dependa de él de forma automática. Significa tomar decisiones sobre asuntos que llegan con un montón de letra pequeña cuando ni siquiera sabes leer bien la letra grande. Aquel que no puede leer, ¿cómo hace para contratar un seguro médico que no cubre muchas enfermedades impronunciables? Significa ir a votar cuando toda la experiencia con el sistema político consiste en muchas promesas incumplidas. Significa no tener ningún lugar seguro donde guardar el dinero, porque lo que puede sacar el encargado del banco de esos escasos ahorros no llega para cubrir sus comisiones de mantenimiento. Y así sucesivamente.

Todo esto implica que, para los pobres, sacar el máximo provecho de su capacidad y asegurar el futuro de su familia exige muchas más habilidades, voluntad y compromiso. En cambio, los pequeños costes, las pequeñas barreras y los pequeños errores en los que nosotros casi ni pensamos, se ciernen sobre sus vidas.

No es fácil escapar de la pobreza, pero la sensación de que es posible, unida a algo de ayuda bien dirigida (un poco de información, un pequeño empujón), a veces puede tener efectos sorprendentemente grandes. Por otra parte, las expectativas fuera de lugar, la falta de confianza cuando se necesita y otros obstáculos aparentemente menores pueden tener efectos catastróficos. Un empujón a la palanca adecuada puede marcar una gran diferencia, pero a menudo es difícil saber dónde encontrar esa palanca. Lo que está más claro es que no hay una única palanca para cada problema.

Repensar la pobreza es un libro sobre los ricos aspectos económicos que surgen cuando se comprenden las vidas económicas de los pobres. Es un libro sobre el tipo de teorías que nos ayudan a encontrar sentido tanto a lo que son capaces de conseguir los pobres, como a dónde y por qué motivos necesitan un empujón. Cada capítulo de este libro relata una búsqueda para descubrir cuáles son estos escollos y cómo se pueden superar. Empieza con los aspectos básicos de la vida familiar: qué compran; cómo tratan la escolarización de sus hijos, su propia salud o la de sus hijos o padres; cuántos hijos deciden tener, etcétera. A continuación se describe cómo funcionan para los pobres los mercados y las instituciones: ¿pueden pedir préstamos, ahorrar y asegurarse frente a los riesgos que afrontan? ¿Qué hacen por ellos los gobiernos y cuándo les fallan? A lo largo de todo el libro se retoman las mismas preguntas básicas. ¿Existen vías para que los pobres mejoren su vida? ¿Qué les impide utilizarlas? ¿Es mayor el coste de empezar, o eso es fácil y lo difícil es continuar? ¿Qué hace que las cosas sean costosas? ¿La gente se da cuenta de la naturaleza de los beneficios? Si no es así, ¿qué es lo que dificulta su comprensión?

Repensar la pobreza trata, en definitiva, sobre lo que nos dicen las vidas y las decisiones de los pobres respecto a cómo luchar contra la pobreza global. Nos ayuda a entender, por ejemplo, por qué los microcréditos resultan útiles, sin ser el milagro que algunos esperaban; por qué con frecuencia los pobres acaban teniendo una atención médica que les hace más mal que bien; por qué los hijos de los pobres pueden ir a la escuela año tras año y no aprender nada; por qué los pobres no quieren seguros médicos. Y revela por qué tantas cosas que ayer se consideraron una panacea hoy se han convertido en ideas fracasadas. El libro también nos dice mucho sobre dónde está la esperanza: por qué subvenciones simbólicas pueden tener efectos más que simbólicos; cómo hacer más atractivos en el mercado los seguros; por qué cuando hablamos de educación, menos puede ser más; por qué los buenos empleos son importantes para el crecimiento. Sobre todo, aclara por qué la esperanza es vital y el conocimiento es crítico, por qué tenemos que seguir intentándolo incluso cuando el reto parece abrumador. El éxito no siempre está tan lejos como parece.

1. PIÉNSALO BIEN, PERO PIÉNSALO OTRA VEZ

Nueve millones de niños mueren anualmente antes de haber cumplido los cinco años¹. La probabilidad de que una mujer del África subsahariana muera al dar a luz es de una entre treinta, mientras que la de una mujer en el mundo desarrollado es de una entre 5.600. Existen más de veinticinco países, la mayoría en el África subsahariana, donde la esperanza de vida de una persona no supera los cincuenta y cinco años. Solamente en la India, el número de niños en edad escolar que no son capaces de leer un texto sencillo supera los cincuenta millones².

Este es el típico párrafo que le puede llevar a querer cerrar este libro y, en el mejor de los casos, a olvidarse del tema de la pobreza en el mundo, pues el problema parece demasiado grande e inabordable. Nuestro objetivo con el libro es, precisamente, persuadir al lector de que no lo haga.

Un experimento llevado a cabo recientemente en la Universidad de Pensilvania muestra lo fácil que es quedar abrumado por la magnitud del problema³. Los investigadores hicieron una pequeña encuesta a los estudiantes, por la que les pagaban cinco dólares. A continuación les enseñaban un folleto y les pedían una donación para Save the Children, una de las ONG más importantes del mundo. Había dos tipos de folletos. Algunos estudiantes, elegidos al azar, recibieron uno con el texto siguiente:

La escasez de alimentos en Malawi está afectando a más de tres millones de niños. En Zambia, la sequía severa ha ocasionado una caída en la producción de maíz del 42 por ciento, llevando a cerca de tres millones de personas a pasar hambre. Cuatro millones de angoleños —una tercera parte de la población— se han visto obligados a abandonar su hogar. En Etiopía, más de once millones de personas necesitan ayuda alimenticia de forma inmediata.

A otros les fue mostrado un folleto con la foto de una niña pequeña y este otro texto:

Rokia, una niña de siete años de Mali, en África, es extremadamente pobre y se enfrenta a la amenaza de hambre severa o incluso a la inanición. Su vida cambiará, para bien, gracias a tu donativo. Con tu ayuda y la de otras personas solidarias, Save the Children trabajará con la familia de Rokia y con otros miembros de su comunidad para ayudar a alimentarla y darle una educación, así como cuidados médicos y educación para la salud.

El primer folleto consiguió una donación media de 1,16 dólares por estudiante. El segundo, en el que la situación apremiante de millones de personas pasó a ser la de una sola, consiguió 2,83 dólares. Parece que los estudiantes aceptaron asumir cierta responsabilidad para ayudar a Rokia, pero se mostraron más desalentados al enfrentarse a la entidad del problema global.

Luego les mostraron los dos folletos a otros estudiantes, elegidos también al azar, pero antes se les advirtió de que la gente es más propensa a dar dinero ante una víctima identificada que ante una información de tipo general. Los receptores del primer folleto sobre Malawi, Zambia, Angola y Etiopía donaron aproximadamente lo mismo que se recaudó sin la advertencia, 1,26 dólares. Los receptores del segundo folleto, el de Rokia, donaron solamente 1,36 dólares tras la advertencia, menos de la mitad de lo que sus compañeros habían dado sin ella. Animar a los estudiantes a pensarlo dos veces les llevó a ser menos generosos con Rokia, pero no más generosos con todos los demás en Mali.

La reacción de los estudiantes es representativa del sentir de la mayoría al enfrentarse a problemas como la pobreza. Nuestra primera reacción es de generosidad, especialmente si nos encontramos ante una niña de siete años en peligro. Sin embargo, al igual que les ocurre a los estudiantes de Pensilvania, pensándolo bien es fácil llegar a la conclusión de que no tiene sentido. Nuestra ayuda sería como una gota de agua en un cubo que, además, podría estar agujereado. Este libro es una invitación a pensarlo bien «otra vez», a dejar a un lado la sensación de que la lucha contra la pobreza es demasiado abrumadora y a empezar a pensar en ella como un conjunto de problemas específicos que, una vez identificados y comprendidos, pueden ser resueltos de uno en uno.

Lamentablemente, los debates sobre la pobreza no suelen abordarse así. En lugar de discutir la mejor manera de luchar contra la diarrea o el dengue, muchos de los expertos más influyentes tienen fijación con las «grandes preguntas»: ¿cuál es la causa principal de la pobreza? ¿Hasta qué punto debemos creer en el mercado libre? ¿La democracia es buena para los pobres? ¿Cuál es el papel que puede tener la ayuda al desarrollo? Y otras de este estilo.

Jeffrey Sachs, asesor de Naciones Unidas, director del Earth Institute en la Universidad de Columbia de Nueva York y uno de estos expertos, tiene respuesta para todas estas preguntas: los países pobres lo son porque son calurosos, poco fértiles, están infestados de malaria y a menudo carecen de salidas al mar, lo que dificulta que sean productivos por falta de una gran inversión inicial que les ayude a ocuparse de estos problemas endémicos. Pero estos países no pueden financiar las inversiones precisamente porque son pobres —se encuentran inmersos en lo que los economistas llaman la «trampa de la pobreza»—. Mientras no se haga algo contra estos problemas, ni la democracia ni el mercado libre les aportarán gran cosa. Por eso la ayuda externa resulta fundamental, ya que, gracias a ella, los países pobres pueden invertir en estas áreas críticas, haciéndolos más productivos e iniciando un círculo virtuoso. Los ingresos que se generen, que serán más elevados, permitirán nuevas inversiones y así continuará una espiral favora-

ble. En su *best-seller* de 2005, *El fin de la pobreza*⁴, Sachs argumenta que si los países ricos aportasen 195.000 millones de dólares al año en cooperación entre los años 2005 y 2025, al final de este periodo la pobreza podría haber desaparecido completamente.

Sin embargo, otras voces también influyentes creen que todas las respuestas de Sachs son erróneas. William Easterly, enfrentado a Sachs desde el otro extremo de Manhattan, en la Universidad de Nueva York, se ha convertido en una de las figuras públicas más destacadas en la oposición a la ayuda internacional, a raíz de la publicación de dos libros, *En busca del crecimiento* y *The White Man's Burden*⁵. Y otra voz que se ha unido recientemente a la de Easterly es la de Dambisa Moyo, autora del libro *Dead Aid* y economista que había trabajado anteriormente en Goldman Sachs y en el Banco Mundial⁶. Estos dos autores sostienen que la ayuda hace más mal que bien, al disuadir a la gente de buscar soluciones propias, al corromper y socavar las instituciones locales y al crear un lobby formado por las ONG que tiende a perpetuarse. La mejor opción para los países pobres es apoyarse en la idea básica de que cuando los mercados son libres y los incentivos adecuados, la gente puede encontrar la solución a sus problemas sin necesidad de limosnas del extranjero ni de sus propios gobiernos. De ese modo, los pesimistas de la ayuda se consideran bastante optimistas respecto a cómo funciona el mundo. Para Easterly no existen las denominadas trampas de la pobreza.

Llegados a este punto, ¿a quién debemos creer? ¿A quienes afirman que la ayuda resolverá el problema o a quienes aseguran que empeorará la situación? El debate no puede ser resuelto de forma abstracta. Se necesitan evidencias, pero desafortunadamente los datos que se suelen utilizar para responder a estas grandes preguntas no inspiran confianza. Nunca faltan anécdotas convincentes y siempre habrá alguna que apoye cada una de las posturas en juego. Por ejemplo, Ruanda recibió gran cantidad de dinero durante los años que siguieron al genocidio y prosperó. Actualmente, con una economía floreciente, el presidente Paul Kagame ha empezado a reducir la dependencia de la ayuda. ¿Deberíamos tomar a Ruanda como ejemplo de los beneficios que puede traer la ayuda, como sugiere Sachs, o más bien como un modelo de

confianza en uno mismo, tal y como lo presenta Moyo? ¿O quizá como ambas cosas a la vez?

Dado que ejemplos individuales como el de Ruanda no se pueden utilizar de forma concluyente, la mayoría de los investigadores preocupados por las grandes preguntas prefieren acudir a comparaciones internacionales. Por ejemplo, con datos de doscientos países se muestra que aquellos que recibieron relativamente más ayuda no crecieron en mayor medida que el resto. Esto se suele interpretar en el sentido de que la ayuda no funciona, aunque podría significar también lo contrario, en el caso de que la ayuda les hubiera permitido evitar desastres mayores y, sin ella, las cosas hubiesen sido mucho peores. Sencillamente no lo sabemos y nos dedicamos a hacer especulaciones a gran escala.

Si no existen evidencias a favor ni en contra de la ayuda, ¿qué debemos hacer? ¿Olvidarnos de los pobres? Afortunadamente no es necesario ser tan derrotista. De hecho existen respuestas —en realidad este libro es una extensa respuesta—, aunque no se trate de respuestas radicales del gusto de Sachs y Easterly.

El lector no descubrirá en este libro si la ayuda es buena o mala, pero sí podrá ver hasta qué punto diversos componentes de la ayuda han hecho o no algún bien. No podemos pronunciarnos acerca de la eficacia de la democracia, pero sí acerca de la mayor efectividad de la democracia en la Indonesia rural como consecuencia de cambiar la forma en que esta se organiza sobre el terreno.

De todos modos, tampoco está claro que las respuestas a algunas de estas grandes preguntas, como, por ejemplo, si la ayuda externa funciona o no, sean tan importantes como se nos hace creer. En Londres, París o Washington DC la cooperación es una prioridad para los partidarios de ayudar a los pobres (y para los menos partidarios, contrariados por tener que pagarla). En realidad, la ayuda solo es una parte muy pequeña del dinero que se gasta cada año en los pobres. La mayoría de los programas dirigidos a los pobres del mundo son financiados con recursos de su propio país. Por ejemplo, la India prácticamente no recibe ayuda alguna y, solamente en programas de educación primaria para

pobres, se gastó medio billón de rupias (31.000 millones de dólares PPC)⁷ en 2004-2005. Incluso en África, donde la ayuda externa juega un papel mucho más importante, en 2003 representó solamente el 5,7 por ciento del total de los presupuestos públicos (y el 12 por ciento si se excluye a Nigeria y Suráfrica, dos países grandes que reciben muy poca ayuda)⁸.

Es más grave aún que los eternos debates sobre ventajas y desventajas de la ayuda a menudo escondan lo que realmente importa, que no es tanto de dónde viene el dinero como a dónde va. Aquí se trata de elegir, primero, el tipo de proyecto más adecuado para darle financiación —¿deberían darse alimentos para los más pobres, pensiones para los ancianos, centros de salud para los enfermos?—, para después determinar cómo gestionarlo. Por ejemplo, los centros de salud y su personal pueden gestionarse de muchas formas diferentes.

En este debate nadie discute la premisa básica de que deberíamos ayudar a los pobres cuando podamos hacerlo, lo que tampoco debe sorprendernos. El filósofo Peter Singer ha escrito sobre el imperativo moral de salvar las vidas de aquellos a quienes no conocemos. Muestra que la mayoría de las personas estarían dispuestas a sacrificar un traje de mil dólares para rescatar a un niño al que ven ahogarse en un lago⁹ y sostiene que no debería haber diferencias entre ese niño que se está ahogando y los nueve millones de niños que mueren anualmente sin haber cumplido los cinco años. Muchos también estarían de acuerdo con el economista-filósofo y premio Nobel Amartya Sen en que la pobreza conduce a una pérdida de talento intolerable. Tal como lo expresa Sen, la pobreza no es solamente la falta de dinero, sino la incapacidad para desarrollar todo el potencial de la persona como ser humano¹⁰. Lo más probable es que una niña pobre de África no vaya a la escuela más que unos pocos años aunque sea brillante, y que no reciba la nutrición necesaria para ser la atleta de élite que podría haber sido, ni la financiación para emprender un negocio si tiene una gran idea.

Es probable que esta vida desperdiciada no afecte directamente a la gente en el mundo desarrollado, pero no es imposible que